

## *Si Se Desconectara El Enchufe del Cielo*

—¡No sabía que tenías que hacer un examen! —digo mientras corremos por el barrio bajo el sol poniente.

—Fue ayer. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No es culpa tuya.

—¡Pero...! ¡Yo fui quien sacó la Piedra Angular del suelo!

Los estudiantes que pasamos nos miran, la chica rara que va gritando sola y cargando una sillita infantil.

—No pasa nada —dice Souta, como si el asunto estuviera zanjado—. Hoy pondremos fin a todo esto. Cerraremos la Puerta, devolveremos el gato a su forma de Piedra Angular y por fin volveré a ser yo mismo.

Bajo corriendo una colina junto a un instituto. Al final de esa calle hay una avenida ancha y, más allá, puedo ver el río rojo y fangoso, que se retuerce violentamente. Cuando llego al final de la colina, giro la esquina hacia la acera. Me abro paso entre la multitud creciente de personas que vuelven del trabajo y la escuela, sin perder de vista el gusano mientras corro. Está a mi derecha, a solo unas decenas de metros, al otro lado de una carretera de cuatro carriles llena de tráfico. La columna roja se balancea paralela a la carretera, arrastrándose por el aire sobre un río hundido al otro lado del tráfico. La gente observa inquieta cómo cientos de cuervos revolotean y planean por encima.

—Así que la Puerta debe de estar... —digo mientras corro.

—...más adelante, río Kanda arriba —responde Souta desde mis brazos.

Los árboles me tapan la vista y aún no puedo ver de dónde sale el gusano. Nos acercamos a la estación de Ochanomizu y la multitud de viajeros crece. Choco con gente que me lanza improperios y miradas de sospecha por la silla que llevo en brazos, pero sigo corriendo. Tenemos que llegar a la base del gusano, y rápido. Ahí debería estar la Puerta. Y Daijin también...

De repente, algo me resulta extraño.

—¡Qué mono! —oigo decir a alguien que pasa a mi lado.

La gente mira hacia mis pies.



—¡Oh, un gato! —dice otra persona.

Miro hacia abajo.

—¡Suuuzume!

—¡Daijin!

El gatito blanco corre a mi lado. Me mira y dice alegremente con su voz infantil:

—¡Juguemos!

—¡Piedra Angular! —ladra Souta, saltando de mis brazos.

Rueda unas cuantas veces y sale disparado hacia delante, mientras Daijin se aleja. El gatito y la silla se abren paso entre una densa maraña de piernas. La gente grita al ver el objeto inanimado corriendo por la estación, sacando fotos y vídeos con sus móviles. Yo empujo frenéticamente entre la multitud, intentando no perderlos de vista.

—¡Aaah!

Daijin se lanza al tráfico y Souta lo sigue. Los coches pitan y las cámaras disparan. Se mueven entre los cuatro carriles como si fuera un parque de juegos. Daijin cruza la línea central y se desliza bajo un camión que viene de frente, mientras Souta bordea el lateral. El siguiente coche se les echa encima en un instante. Justo antes de que atropelle a Daijin, el gato salta ágilmente sobre el capó. Souta salta tras él y trepa ruidosamente por el techo del coche. Daijin salta y Souta le sigue de cerca, y ambos suben a un puente arqueado por encima.

—¡Souta! —grito.

Veo cómo desaparecen tras la barandilla del puente.

—¿Has visto eso?

—¿El gato y el perro?

—¡Creo que era una silla!

Empujo entre los curiosos frenéticos y llego a la base del puente. A mi izquierda hay una escalera. Subo corriendo. Mi hombro choca con una anciana que lleva un paraguas, pero estoy demasiado sin aliento para disculparme. ¡Lo siento mucho!, pienso desesperada. Por fin llego arriba y piso el puente. Más gente sostiene sus móviles para hacer fotos, y sigo su línea de visión. Justo en medio del tráfico está Souta. Está sujetando al pequeño gato blanco bajo su



asiento mientras parecen discutir. Los conductores tocan el claxon sorprendidos al esquivar los extraños objetos en la carretera. Me quedo clavada en el sitio.

—¿Qué hago...?

Veo cómo un coche se lanza hacia ellos a toda velocidad. ¡Les va a atropellar!, pienso, pero en el instante siguiente ambos saltan. El coche pasa, frena chirriando y toca el claxon. Souta está al otro lado de la carretera, en el carril peatonal. Sin pensarlo, echo a correr.

—¡Ah!

Un coche pasa delante de mis ojos, tocando el claxon. El corazón me late con fuerza mientras miro a izquierda y derecha, contengo la respiración y cruzo corriendo los carriles.

—¡Souta!

Por fin estoy a su lado. Daijin ha desaparecido. Souta está de pie en la barandilla, mirando hacia abajo. Sigo su mirada y me quedo sin aliento. Debajo está el río Kanda y, en su orilla, la boca abierta de un túnel de tren. El torrente rojizo y negro brota del túnel, enredado en un lío de hilos que brillan débilmente. Provoca una vibración extraña en el aire y despidе ese olor dulzón tan desagradable.



—¿La puerta está ahí dentro...?

De repente, un tren irrumpe a través de la corriente fétida. Su estructura plateada emerge del túnel como si nada pasara, atraviesa el cuerpo del gusano y entra en el túnel de la orilla opuesta.

—¿Cómo vamos a llegar a un sitio así? —susurro, desesperada.

El gusano se extiende bajo el puente en el que estamos y sigue río arriba. Miro hacia atrás, siguiendo su longitud. La cabeza del gusano se alza como una serpiente lista para atacar.

Su largo cuerpo brillante se extiende a lo largo de la orilla del río y, en su extremo, la cabeza se eleva lentamente hacia el cielo, como si unos dedos invisibles la estuvieran levantando del suelo. Una bandada de cuervos asciende junto a ella. Contra el sol

poniente, la columna roja y viscosa brilla con una belleza extraña. Es casi como si alguien estuviera soplando aire en vidrio fundido.

—¿Se ha parado? —pregunto, sorprendida.

—...No —responde Souta. Su voz tiembla.

Le miro de reojo. Él está mirando al suelo.

—¿...?

Miro hacia abajo también. La tierra bajo mis pies está pavimentada con gruesas losas de piedra.

—¡—!

Algo roza las plantas de mis pies y, de forma instintiva, levanto los talones. ¿Está temblando el suelo? Debajo de mis pies, algo grande—demasiado grande para caber en mi campo de visión— está gimiendo. Un escalofrío me recorre lentamente desde los pies; estoy empapada en sudor frío. Me doy cuenta de que los pájaros y las cigarras están en silencio. El único sonido que rompe el silencio es el traqueteo nítido y claro de algún tren despreocupado que no se ha enterado de nada.

—...Es demasiado tarde —susurra Souta, amargamente.

Cuando le miro—¡Boom!—el suelo se abomba bajo mí. La fuerza me lanza varios centímetros en el aire. Pierdo el equilibrio y caigo de rodillas. Las farolas del puente se balancean como péndulos, chocando ruidosamente. Mi móvil vibra y ese sonido disonante va seguido de una voz robótica que repite: “Aviso de terremoto”. A mi alrededor, los móviles de la gente vibran. Los gritos y el pánico se extienden. Saco el móvil y miro la pantalla. Letras amarillas y rojas dicen: “Aviso de terremoto. Región interior de Kanto. Prepárese para fuertes sacudidas”.

—¡—!

Mi cuerpo se queda rígido. Pero un segundo después, la alerta desaparece y la vibración cesa. Los móviles de los demás también se callan y el pánico se disipa. El suelo ya no tiembla.

—Se ha parado... ¿Qué está pasando? —exclamo.

Solo ha habido un golpe vertical. El gusano sigue ahí. Miro a Souta. Para mí, la cara de la silla parece mortalmente pálida.

—...Ha salido —dice él.

—¿El qué?



—¡La segunda Piedra Angular!

Quiero preguntar qué está pasando, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Un sonido burbujeante resuena desde el túnel. Giro la cabeza en esa dirección. La base del gusano que sobresale del túnel se está hinchando—como si el gusano fuera una gran manguera y alguien hubiera pisado el extremo. Su superficie vibra mientras el bulto se forma y crece.

—¡Va a salir entero!

Al unísono con el grito desgarrador de Souta, el bulto revienta. El torrente fangoso sale disparado del túnel con una fuerza abrumadora y, mientras un estruendo sacude la tierra, la cola del gusano se libera. Su enorme forma serpenteante desaparece bajo el puente. Una ráfaga de viento se levanta y me golpea la piel, y veo al gato blanco cabalgando sobre el torrente.

—¡Daijin! —grito.

—...Detendré este gran terremoto cueste lo que cueste, Suzume  
—dice Souta en voz baja, con los ojos fijos en el gato.



—¿Eh?

—Volveré enseguida.

Se lanza desde la barandilla hacia el suelo.

—¿Qué? ¡Souta, no!

Grito. Me inclino sobre el puente, dispuesta a seguirle. La silla está siendo arrastrada bajo el puente por ese río horrible. Miro instintivamente por encima del hombro y luego echo a correr en la misma dirección que el gusano. Me lanzo al tráfico. El chirrido de los frenos me llega por el oído derecho y el claxon de los coches por el izquierdo, y acelero el paso. Alguien frena bruscamente a mi derecha y casi me roza la espalda. Ya estoy al otro lado, corriendo

por el paso de peatones y subiendo a la barandilla. Todos a mi alrededor gritan. Justo delante de mí, el gusano se curva bruscamente hacia arriba. Para los demás, solo soy una chica de pie en la barandilla mirando al cielo. Pero yo veo otra cosa.

—¡Souta, espera!

Salto desde el puente. La gente grita.

“Suzume?!”

Souta, enredado en el gusano que asciende, estira una pierna sorprendido. Apenas consigo agarrarla y, en ese instante, mi cuerpo se acelera de golpe hacia el aire. Mis pies se balancean sin control. Mi zapato izquierdo se cae y da vueltas hasta el suelo.

Me aferro con fuerza a la pierna de la silla y clavo desesperadamente los dedos de la mano izquierda en la superficie del gusano. Se siente como granos de arroz cocido tibios, y se están deshaciendo en una masa pegajosa bajo mi agarre frenético. Montada sobre el gusano, salgo disparada hacia arriba a través de la bandada de cuervos y lucho por levantar mi cuerpo contra la fuerza del viento.



—¡Tú...! —grita Souta, enfadado, cuando por fin consigo ponerme en cuclillas a su lado.

—¡Estás loca!

—No podía dejarte ir solo—. ¡Aaaah!

La superficie granulada del gusano se está derritiendo como queso. La voz de Souta se desvanece por encima de mí. Estoy cayendo por el espacio vacío. El mundo gira y mi garganta suelta un grito mudo. Veo una rama del gusano que se acerca a mí. Cuando me alcanza, intento agarrarla, pero se me escurre entre los dedos como gachas acuosas. Estoy cayendo y el mundo gira.

Los edificios que reflejan el sol del atardecer parpadean una y otra vez en mi campo de visión.

—¡Suzume, voy a salvarte! —una voz se acerca, pero no veo a su dueño.

—¡Sou—!

Algo me golpea el estómago, cortándome la palabra. Es la silla. Souta ha saltado hacia mí y me está empujando.

—¡—!

Lo abrazo y aterrizo sobre algo pegajoso, rodamos varias veces y finalmente nos detenemos.

—¿Estás bien, Suzume?

—¡Souta!

Aún abrazada a él, me incorporo. Estamos encima de algo que se siente como hielo elástico. El cuerpo del gusano antes parecía una corriente de gelatina, pero aquí es más firme. Puedo ver partículas burbujeantes fluyendo bajo la superficie translúcida, como un banco de pececillos bajo el hielo.

—La superficie del gusano es inestable. Deberíamos quedarnos aquí —dice Souta, apoyado contra mi pecho.

—¡Vale!

El gusano está elevándose con nosotros encima. Cuando levanto la vista, puedo ver que el extremo más alejado empieza a arremolinarse lentamente en el cielo del atardecer, como un enorme remolino.





Mientras el gusano invisible se extiende por el cielo crepuscular de Tokio, la gente que ha terminado el colegio o el trabajo disfruta de su libertad y se dispersa por toda la ciudad. El aire está lleno de sus voces y respiraciones, el olor de la cena flota desde restaurantes y casas, y las luces de colores sustituyen al sol poniente. Al caer la noche, el bullicio crece, como si la ciudad hubiera sido repintada con colores saturados.

Nadie se da cuenta. Nadie nota el brillo anómalo frente al sol rojo que se hunde. Nadie repara en el extraño reflejo de arcoíris en los cristales de los rascacielos, en los parabrisas de los coches atascados, en los bordes de los vasos llenos de agua mineral, ni en la superficie del foso del Palacio Imperial mientras corren a su lado. Nadie ve el enorme torrente giratorio reflejado en los ojos de los pájaros que se agrupan en los tejados para mirar al cielo.

Están pensando emocionados en su cita de esta noche. En una buena cena en solitario. En la conversación que tendrán con un amigo. En la sonrisa de su hijo o hija cuando los recojan del colegio. Casi han olvidado el breve terremoto de antes. Han olvidado a la chica que saltó desde el puente. El zapato solitario que, por alguna razón, cayó del cielo poco después. Pero los pájaros lo ven, y nosotros también. Ese enorme remolino rojo cubriendo el firmamento. Cómo es absorbido hacia arriba, como si alguien hubiera quitado el tapón del cielo y el agua roja fangosa girara hacia el desagüe. Cómo crece en vez de desaparecer. Cómo cubre el cielo como una tapa gigantesca encajada sobre la metrópolis.



Abrazo a Souta y corro por la parte superior del remolino.



—¡El gusano está cubriendo el cielo! —suelto de golpe.

Estoy corriendo sobre él, con Souta apretado contra mi pecho. La superficie ahora se siente como asfalto elástico, solidificado en una masa translúcida. Puedo distinguir una línea de horizonte borrosa y, debajo de mí, innumerables edificios. Las ramas del



gusano se extienden por toda la ciudad, cada una enrollada en su propio remolino intrincado. Desde la distancia, parecen incontables ojos rojos y brillantes mirando fijamente hacia abajo, sobre Tokio.

—Souta, ¿esto es...?

—Sí. Si esto cae al suelo, todo Kanto...

Su voz tiembla, y no sé si es de miedo o de rabia.

—La única opción ahora es clavar la Piedra Angular. ¿Dónde está Daijin...?

Me doy cuenta de que estamos corriendo hacia el centro del gusano sin tener ni idea de dónde está el gato. El gusano está enrollado en un disco gigante, su centro es una colina roja. Masas de burbujas fluyen hacia ella como bancos de peces bajo la superficie, como si fueran absorbidas. La colina brilla tenuemente contra el cielo crepuscular, ocultando el sol poniente. Corro a través de este paisaje bello e inquietante como si estuviera atrapada en una pesadilla.

—¡Suuuzume!

De repente, oigo una voz infantil. Me detengo y miro hacia arriba. Tentáculos rosados irradian desde la colina como ramas delgadas. Daijin está encaramado en una de ellas. La rama se balancea con el viento y el gato me mira desde arriba con los ojos amarillos vacíos.



—Cuando el gusano caiga, la tierra temblará —dice con su voz aguda y alegre.

—¡Daijin!

—¡La Piedra Angular! —gritamos Souta y yo al mismo tiempo.

Souta salta de mis brazos y corre hacia el gato. De repente, se oye un crujido y la silla deja de moverse. Souta cae con un golpe seco.

—¿Souta? —digo, recogiénolo—. ¿Qué te pasa?

Le miro de cerca. Alguien se ríe por encima de mí. Miro hacia arriba. Los ojos amarillos del gato son aún más redondos que antes.

—Mucha gente va a morir —dice Daijin, con una felicidad inquietante.

“!”

Aún sujetando a Souta, corro hasta la base de la rama.

—¿Por qué haces esto? ¡Vuelve a ser una Piedra Angular de una vez! —le grito mientras corro.

—No puedo —dice el gato, con un tono que implica que soy tonta por no saberlo ya—. Daijin ya no es una Piedra Angular.

—¿Qué?

El gato salta de la rama y aterriza silenciosamente sobre el asiento de la silla. Acerca su cara a la de Souta y le susurra algo breve. No alcanzo a oír lo que dice.

—¡Tú! —digo, lanzándome para agarrar a Daijin por el pescuezo.

Pero el gato salta ágilmente fuera de la silla. Me agacho e intento atraparlo, pero se me escurre entre las manos. Da vueltas a mi alrededor, burlándose, siempre fuera de mi alcance. No sirve de nada, no puedo atraparlo.

—¿Souta, qué hago...? —jadeo.

Él no responde.

—¿Souta?

—...Lo siento, Suzume —por fin dice.

—¿Qué?

—Lo siento —repite.

¿Por qué se está disculpando? Es extraño lo despacio que habla.

—Por fin lo entiendo. No me había dado cuenta... Quizá no quería...

—Espera un segundo—

Qué frío. Mis dedos, con los que lo sostengo, están helados.

—Ahora—

Cada vez está más frío. Una fina capa de escarcha cubre el asiento de la silla.

—Ahora soy una Piedra Angular.

—¿Qué...?

La escarcha se hace más gruesa, convirtiéndose en hielo. La voz de Souta me suena plana, como si hubiera perdido su calidez.

—Cuando me transformaron en silla, el manto de la Piedra Angular pasó a mí.



Mi mente comprende lo que quiere decir antes de que mis emociones reaccionen. Pero cuando lo hacen, me desmorono. Estoy perdida. El rostro de Souta, su respaldo, está cubierto de hielo. Deja escapar un largo suspiro.

—Ahhh... Así es como termina. Aquí, de todos los lugares...

—¿Souta?

Está congelado. La ligera sillita infantil ahora pesa como una piedra.

—Pero yo... —Las palabras ya suenan apagadas—. Porque te conocí...

Su voz se apaga. En ese momento, lo que tengo en brazos deja de ser una silla. Ya no es Souta. Lo siento en mis dedos. Lo sé en mi cuerpo. Pero mi corazón se niega a aceptarlo.

—¡Souta! —grito.

Mi corazón grita: Odio esto. Lo que antes era una silla ahora está completamente cubierta de hielo y tiene forma de espada corta y puntiaguda.

Lo odio. Lo odio, lo odio, lo odio.

—¡Souta, Souta, Souta, Souta!

—Eso ya no es Souta —dice Daijin, acercándose a mí dando saltitos.

—¡Daijin, tú...! —le lanzo una mirada furiosa. Su imagen se vuelve borrosa y vacila. Estoy llorando; siento las lágrimas resbalando por mis mejillas. El gato me mira y dice inocentemente:

—¿No vas a clavar la Piedra Angular en el gusano?

—No puedo...

—Si no lo haces —dice Daijin, sentándose delante de mí—, el gusano caerá. La tierra temblará.

Entonces me doy cuenta.

—...¡Ya está empezando a caer!

El gusano se está desplomando hacia el suelo por su propio peso. Las nubes pasan lentamente por encima y siento una sensación de ingravidez en el cuerpo.

—¡Souta! —grito al objeto que antes era la silla, reuniendo fuerzas en mis manos—. ¡Souta, por favor! ¡Despierta, Souta!



—Te lo he dicho —suspira Daijin, exasperado, dándome un golpecito en el muslo con la pata delantera—. Eso ya no es Souta.

No puedo soportarlo. Alzo la mano para golpear al gato. Daijin lo esquivo ágilmente. Ahora caemos más rápido. La sensación de flotar se intensifica. El viento me levanta el pelo. El suelo está cada vez más cerca.

—¡Souta! —grito con todas mis fuerzas—. ¿Qué hago? ¡Dímelo! ¡Souta! ¡Souta!

—Mucha gente va a morir, ¿sabes? —Daijin se revuelca boca arriba, con los ojos amarillos bien abiertos—. ¡No falta mucho!

La emoción brilla en sus ojos, tan vacíos hace un momento. Odio esto. No lo soporto más.

En mi mente, puedo ver lo que va a pasar. El cielo ya está oscuro, las estrellas empiezan a brillar. Abajo, la gente camina hacia las estaciones, cruza los cruces, sube a los trenes. Van a donde cada uno necesita ir. Cenar con alguien. Compran algo en la tienda de conveniencia. Envía un mensaje a alguien. Camina junto a un compañero de clase con nerviosismo. Vuelve a casa de la mano de su madre, a la que quiere con todo su corazón. Llenan sus pulmones con el aire fresco del verano, aún libre de ese dulzor corrupto. Puedo verlo. Sobre sus cabezas, el gusano flota en silencio como una corona. Como la carne roja de una fruta en su punto máximo de madurez. Está cayendo. Ya casi está. Apenas puedo respirar. No puedo dejar de temblar.

Odio esto. Lo odio.

—¡Odio esto! —grito en voz alta.

Mi corazón es un caos de confusión. Aprieto los ojos, pero las lágrimas siguen cayendo como si el tapón estuviera roto. Levanto la Piedra Angular con ambas manos y abro los ojos; mi visión sigue borrosa. Ya no es él. Es una lanza de hielo afilada. Cierro los ojos de nuevo y la alzo sobre mi cabeza.

—¡Yaaaaaah!

Con toda la fuerza que me queda en el cuerpo, clavo la Piedra Angular en el gusano.





Un destello azul atraviesa el centro de la espiral. Al instante siguiente, el gusano, lo bastante grande como para cubrir todo Kanto, se comprime en un solo punto y es absorbido por la tierra. Todo lo que queda en el cielo es la energía que había absorbido de la tierra. Pero un segundo después, eso también estalla y se convierte en una onda de aire que cuelga sobre la ciudad como una aurora, iluminando el cielo nocturno con colores brillantes durante veinte o treinta segundos. Una lluvia arcoíris cae sobre los tejados de Tokio. Todos se emocionan, sacan fotos para compartir mientras el extraño arcoíris nocturno les regala un momento de alegría.

Nadie se da cuenta de la chica que desciende del cielo al mismo tiempo. Su cuerpo inerte gira lentamente, cortando el viento. Cerca de ella, también cae un gatito. Mientras desciende, clava las garras en la chica, enrollando su pequeño cuerpo alrededor de su cabeza para protegerla. Pasan bajo los tejados de los rascacielos y, cuando el suelo finalmente se acerca, el cuerpo del gatito se hincha hasta ser más grande que una persona, envolviendo a la chica con fuerza.



El agua salpica alto en el aire desde la oscura superficie de un estanque. Han caído en un gran y antiguo foso, una reliquia entre los altos edificios de Tokio. La salpicadura resuena en las altas paredes de piedra, sorprendiendo a los pájaros dormidos y haciendo que salgan volando, mientras grandes ondas se extienden por la superficie del estanque. Finalmente, el agua se calma. Nadie se ha dado cuenta, y el silencio envuelve la noche una vez más.